

do junto al Oder la entrevista del Niemen, y quizá en Breslau la alianza de Tilsit. Mr. de Nesselrode se puso al instante en camino, dirigiéndose por la Bohemia á Viena.

No se necesitaba tanto para producir en dos espíritus tan perspicaces como el emperador Francisco y Mr. de Metternich una conmoción decisiva. Efectivamente, restablecida el Austria por la fortuna en una gran situación, de la cual había sido precipitada por la espada de Napoleon veinte años antes, corría un grave peligro á pesar de todo. A la sazón la acariciaba todo el mundo, todo el mundo se le presentaba con las manos llenas de los mas magníficos dones. Alejandro le ofrecía, no solo la Iliria y parte de la Polonia, sino tambien la Italia y el Tirol, y la corona imperial de Alemania, que Napoleon había hecho caer de su cabeza, y mas que todo esto, la independencia. Francia le ofrecía con la Iliria y parte de Polonia, no la Italia, no el Tirol, no la corona imperial, sino lo que le hubiera encantado un siglo antes, la Silesia, sin la independencia, hay que confesarlo, á la cual aspiraba mas que á todo. Así la elección estaba en su mano; pero, si queriendo gozar demasiado tiempo de este papel de potencia universalmente cortejada, no se decidía en hora oportuna, posible era que, despues de halagada y acariciada por todos, acabara por ser tambien de todos maldita y aplastada bajo el comun resentimiento, pues si se llegaban á entender Napoleon y Alejandro, de esto debía resultar una paz esencialmente rusa; nada tendria Austria de Polonia, nada de Iliria, nada de Italia; no se cedería á su deseo de reconstituir la Alemania, salvo algunas indemnizaciones que acaso se otorga-

ran á Prusia, y lejos de recuperar su independencia, tornaría á caer bajo el dominio de Napoleon mas duro que nunca. Para esto solo se necesitaba un instante, y en la presente coyuntura, cuando todo se estaba decidiendo á estocadas. ¡Y qué estocadas! con cuarenta y ocho horas bastaba para cambiar la faz del mundo.

Lleno Mr. de Metternich de estas cavilaciones, ya había pensado en llevar á su soberano á Praga, á fin de estar muy cerca del teatro de las batallas y de las negociaciones, y de poder seguir desde lo alto de la Bohemia, como desde un observatorio elevado y vecino, el torrente rapidísimo de las cosas, y de lanzarse á él en caso necesario. La noticia de la elección de Mr. de Caulaincourt para negociar el armisticio, le había afectado hasta el extremo de hacer su emoción visible á los ojos penetrantes de Mr. de Narbonne. No le habían dejado las cartas de Mr. de Stadion la mas leve duda, y en veinte y cuatro horas formaron el emperador y su ministro la resolución de dejar á Viena por Praga, con grande asombro del público, sorprendido no de la resolución esta, sino de la prontitud con que era tomada. A causa de las relaciones existentes con Francia había en cierta manera la obligación de explicarlo todo, y Mr. de Metternich se apresuró á decir á Mr. de Narbonne que, estando en vísperas de entablarse las negociaciones por conducto de Austria, necesario era que la córte mediadora se aproximara á las partes sometidas á su mediación; que en Praga se ganarian seis dias respecto de cada comunicacion cuando menos, lo cual importaba sobremanera, debiéndose celebrar la paz del mundo en el término de seis semanas. Esta ra-

zon justificaba el viage á Praga, pero no la partida en veinte y cuatro horas. Informes secretos y el aire forzado de Mr. de Metternich acabaron de revelarlo todo á la vigilancia de la legacion francesa. Por noticias seguras supo Mr. de Narbonne que la córte de Viena aceleraba su partida á causa del temor de un ajuste directo de Francia con Rusia, y estas noticias le explicaban además los nuevos sentimientos que creia haber descubierto en Mr. de Metternich. Con efecto Mr. de Narbonne habia hallado al ministro austriaco muy tibio á vista de ojo, y era natural que así sucediese, pues si monsieur de Metternich se habia escapado de nuestra alianza, como á fuerza de movimientos alternativos se escapa una serpiente de los apretones de una mano poderosa, no habia desertado enteramente de nuestra causa, y con la cuerdisima intencion de terminarlo todo sin guerra, habia sostenido cerca de los coaligados el sistema de una paz moderada, lo cual era árduo, y fuadadamente llevaba á mal que tratásemos de ajustar una paz desastrosa para su patria, mientras se esforzaba por obtenerla muy aceptable para nosotros.

Por lo demás, casi no tuvo tiempo Mr. de Narbonne de hablar á Mr. de Metternich, y partido éste á toda prisa, se hallaba el 3 de junio por la noche con el emperador Francisco en Gitschin, residencia situada á unas veinte leguas de Praga. Al llegar allí encontró á Mr. de Nesselrode, que sabiendo la partida de la córte, retrocedió camino para unirse á ella. Se conciben las palabras que pudieron dirigirse estos dos hombres de Estado á la sazón tan importantes. En nombre del emperador de Rusia y del rey de Prusia suplicó Mr. de

Nesselrode á Mr. de Metternich que pusiera término á tan prolijas vacilaciones, que no dejara que los coaligados fueran nuevamente batidos, pues si acontecia esto, se verian obligados á someterse á Napoleon ó á tratar con él á costa del Austria, y á sancionar para siempre la dependencia de la Europa. Sobre todo aplicóse Mr. de Nesselrode á demostrar á Mr. de Metternich que Napoleon hacia traicion á los austriacos, pues mientras estos sostenian en ventaja suya el sistema de una paz moderada, aquel pensaba en sacrificarlos y en celebrar una paz ominosa para ellos. De consiguiente estrechó con instancia al ministro austriaco á imitar por fin el ejemplo de Prusia y á unirse en virtud de un tratado formal á los soberanos aliados. Mr. de Metternich no tenia necesidad de ser esclarecido ni excitado, pues lo estaba de sobra; pero este ministro, cuyo mérito principal ha estribado siempre en tener un espíritu sin frialdad al par que una política sin pasion, se adheria cada vez mas al sistema de conducta que habia adoptado, el de apurar el papel intermedio de árbitro, antes de pasar al papel de beligerante. Además de que este sistema de conducta satisfacía el honor del emperador Francisco, su honor de soberano y de padre, tenia además la ventaja de contemplar tambien al Austria, de proporcionarla el tiempo que necesitaba para armarse, y mas que nada de hacer posible una conclusion pacífica, pues fuera un excelente resultado reconstituir la Prusia, restablecer la independencia de Alemania, recuperar la Iliria y la parte perdida de la Galitzia, sin correr los azares quizá funestos, nadie lo sabia entonces, de una nueva guerra con Napoleon.

Con una prevision profunda queria Mr. de Metternich evitar la eventualidad muy peligrosa de ver á todo el mundo, cansado de sus contemporizaciones, arreglarse á su costa, y tambien la eventualidad de ser batido por Francia, lo cual temia mucho á pesar de los sucesos del año precedente, y por este motivo aspiraba á tener con una mano á Rusia y Prusia, de modo que no pudieran escaparse, y á contener con la otra á Napoleon para hacerle aceptar una paz á que pudiera asentir la Europa. Asi dijo á Mr. de Nesselrode que se habia comprometido á ser mediador y desempeñaria francamente este papel durante los dos meses que tenia delante; que respecto de Francia necesitaba indispensablemente pasar por el papel de mediador antes de llegar al de adversario; que hasta entonces no podia tomar partido; pero que, si sus condiciones razonables de paz eran desechadas al cabo, luego que expirase el armisticio aconsejaria á su soberano que se uniese á las potencias aliadas, y que tentase un supremo y postrer esfuerzo para arrancar de la dominacion de Napoleon á la Europa.

Lo que actualmente se prometieron á tenor de estas miras fué por parte de Rusia no dejarse seducir por el cebo de un ajuste directo, y por parte del Austria declarar la guerra el dia señalado, si las condiciones de la mediacion no eran admitidas por Francia. Aprovechándose Mr. de Metternich de la cercanía de Praga, llamó alli por veinte y cuatro horas á Mr. de Bubna, le explicó bien la situacion de las cosas, le afirmó positivamente que aun no existian compromisos con los beligerantes, le autorizó para empeñar en apoyo de este hecho la

palabra de honor del emperador Francisco, aunque facultándole tambien para significar de la manera mas terminante que los compromisos se contraerian á la postre, si la duracion del armisticio no se empleaba en negociar sinceramente una paz moderada. Al mismo tiempo encargóle que manifestara al gabinet francès que la mediacion del Austria estaba formalmente aceptada por Prusia y Rusia, cosa que obligaba por tanto al mediador á pedir á cada cual sus condiciones y especialmente á Francia, á quien se rogaba que desde luego hiciera conocer las suyas. En esta ocasion debia hacer presente Mr. de Bubna el deseo de Mr. de Metternich de ir un instante á Dresde, para terminarlo todo sobre el terreno en una entrevista cordial con Napoleon. Efectivamente, alli se podia acabar en algunas horas, porque, si Mr. de Metternich lograba persuadir al emperador de los franceses, todo estaria dicho, hallándose los coaligados en la imposibilidad de desechar las condiciones que Austria declarara aceptables.

Tales, y segun se ve, tan importantes eran las cosas que Mr. de Bubna debia comunicar á Napoleon de vuelta en Dresde, y de las cuales solo decia una parte á Mr. de Basano, sabiendo la inutilidad de las explicaciones con este ministro, que recibia y no formaba las opiniones de su soberano. Habiendo llegado Napoleon el 40 de junio, Mr. de Bubna entregó al dia siguiente una nota para declarar que Rusia y Prusia habian aceptado oficialmente la mediacion del Austria; que se ocupaba en pedirles sus condiciones de paz, y que se esperaba que Francia tuviese á bien enunciar las suyas. Esto no era mas que plantear la cuestion para

conseguir no la inmediata y cabal enunciaci6n de las condiciones de Francia, sino provocar las conferencias previas, las expansiones confidentiales, preliminar indispensable y mas 6 menos largo, segun el tiempo de que se dispone, de las declaraciones oficiales y definitivas.

Si Napoleon deseara la paz, al menos la que era posible y cuyas condiciones sabia, no perdiera tiempo, quedándole para negociar cuarenta dias á lo sumo. Con efecto, se estaba á 10 de junio, y el 20 de julio espiraba el armisticio. Impulsado por su ardor de costumbre llamara á Mr. de Metternich á Dresde, tratara de arrancarle alguna modificaci6n á las proposiciones de Austria, lo cual era muy posible en el anhelo que la animaba de acabar pacíficamente, y enviara á este ministro una, dos y tres veces al cuartel general de las potencias aliadas, para allanar las dificultades de detalle, siempre numerosas en todo tratado, y que lo debian ser mas en el que iba á abarcar los intereses del mundo entero. Pero daba testimonio evidente de que no la queria, aparte de las pruebas irrefragables contenidas en su correspondencia, el tiempo que estaba perdiendo y que iba á perder todavía. Segun queda dicho, su proyecto se enderezaba á retardar lo mas posible la hora de explicarse, á suscitar con este objeto cuestiones de forma, luego á aparentar que se enmendaba de pronto, cuando estuviera próximo á espirar el armisticio, á mostrarse propicio á ceder entonces, á conseguir en favor de estas manifestaciones pacíficas una prórroga de la suspensi6n de armas, á tomarse de este modo hasta el 1.º de setiembre para completar sus preparativos militares, á romper en esta época ba-

jo un motivo hábilmente escogido y capaz de inducir al público á engaños y caer de súbito sobre la coalici6n con todas sus fuerzas, á disolverla, y á restablecer mas pujante que nunca su dominaci6n actualmente disputada. ¡Cálculo perdonable sin duda, y de que está harto llena la historia de los príncipes conquistadores, si se fundara en la realidad de las cosas! Con estas miras no era aun tiempo de recibir á Mr. de Bubna y de responderle sí ó no acerca de las condiciones reducidas á un corto número de puntos, que no se prestaban á ambigüedades. Asi Napoleon resolvió dejar que pasaran cuatro ó cinco dias antes de admitir á Mr. de Bubna á su presencia y de responder á la citada nota, aplazamiento muy concebible sino se hubiera fijado ningun término á las negociaciones, y si para venir á un ajuste se dispusiera de meses y hasta de años, como habia sucedido con el tratado de Westfalia. Pero perder cuatro ó cinco dias de cuarenta para una primera cuesti6n de forma, lo cual suponía otras muchas, era decir de sobra lo que se queria, ó mas bien lo que no se queria.

No obstante, Napoleon acababa de llegar á Dresde, causado sin duda, abrumado de atenciones de todas clases, y en rigor se podía comprender que no recibiese el mismo dia á Mr. de Bubna. Por otra parte, no habia soberano en el mundo que estuviese mas dispensado que el de plegarse á las conveniencias de otro, ni que se plegase menos. No tenian, pues, gran significado estas dilaciones de Napoleon respecto de Mr. de Bubna. Solo demostraba con ellas que no tenia prisa, pues cuando la tenia, eran iguales para su persona el dia y la noche, la fatiga y el reposo, y no tener

prisa de la paz en este momento equivalia á no desearla. Mr. de Basano recibió el despacho de Mr. de Bubna, fingió hallarlo grave en demasía, dijo que se le responderia dentro de tres dias ó cuatro, y que al cabo de ellos Napoleon le daría audiencia y se explicaria sobre el contenido de la nota.

En este intervalo fué preparada y redactada la respuesta. De índole propia era á revelar las verdaderas disposiciones del gobierno francés, todavia mas que el tiempo voluntariamente perdido. Ante todo se objetó á Mr. de Bubna que no tenia ningun carácter para entregar una nota. A la verdad este agente, recibido por Napoleon oficiosamente, y enviado á su lado por serle mas agradable que otro cualquiera, y con especialidad por ser mas agudo que el príncipe de Schwarzenberg que lo era poco, jamás habia sido formalmente acreditado, ni á título de plenipotenciarios, ni de embajador, y por consiguiente carecia de calidad para presentar una nota; dificultad bien mezquina por cierto, dado que ya se habian cambiado con este personaje las mas importantes comunicaciones. Sin embargo, redactóse una primera respuesta para Mr. de Bubna, en la cual se sostuvo la necesidad de que la nota presentada llevase la firma de Mr. de Metternich para darla cabida en los archivos del gabinete francés, porque no tenia Mr. de Bubna título alguno capaz de imprimir carácter de autenticidad á la tal nota. Después de esta dificultad de forma, se suscitaron dificultades de esencia. Se referia la primera á la mediacion misma. Expresábase que sin duda Francia habia aparecido dispuesta á admitir la mediacion de Austria, y aun prometido aceptarla; pero

que una resolucion tan importante no podia suponerse, ni deducirse de una simple entrevista, y se necesitaba un acta final, donde se determinara el objeto, la forma, la extension y la duracion de la mediacion aquella. Ni esto era todo. ¿Cómo se conciliaria la mediacion con el tratado de alianza? ¿Seria el gabinete austriaco mediador, esto es, árbitro, y árbitro á pronunciarse con las armas en la mano en contra de una parte ó de otra, segun era costumbre que lo hiciese un mediador armado? ¿Qué venia á ser entonces el tratado de alianza de Austria con Francia? Sobre este punto habia necesidad de explicarse. Finalmente, cualquiera que la extension de la mediacion fuese, una cuestion habia de forma sobre la cual no consentia el honor que se guardara silencio. Apoderándose el mediador de su papel tan de repente y hasta en ademán tan ejecutivo, ya anunciaba un modo de tratar que no podia convenir á Francia. Con efecto, parecia que se afanaba por meterse entre todas las potencias beligerantes, por llevar solo la palabra de estas á aquellas, no colocando jamás á unas en presencia de otras, y tal era á la verdad el secreto deseo de Austria, para impedir el ajuste directo. Semejante modo de negociar no era admisible. Francia no reconocia en nadie el derecho de tratar por ella sus propios negocios. Portarse de esta suerte equivalia á imponerla una paz concertada con otros, y Francia victoriosa tan largo tiempo hasta el punto de dictar condiciones á Europa, no se hallaba reducida á aceptarlas de cualquiera, y menos cuando volvia á mirarla con rostro propicio la victoria. Por llegar á la paz de que necesitaba todo el mundo, se avenia á renunciar á dictar condiciones,

si bien jamás consentiría en que le fueran dictadas, aun cuando para imponerla la ley se juntara toda la Europa.

Muchas notas se llenaron de tales quisquillas, y Napoleon llenó tambien á beneficio de ellas una larga entrevista con Mr. de Bubna. Le concedió esta entrevista el 4 de junio, y el 15 fueron firmadas y entregadas las notas. Mr. de Basano las acompañó con una carta personal para Mr. de Metternich, cuyo tono se resentía de esencialmente contrario al objeto á que se aspiraba, porque Napoleon quería que se ganara tiempo, y la altanería del lenguaje no se adecuaba á conseguirlo. En esta carta imputaba á Mr. de Metternich el tiempo desperdiciado, se quejaba torpemente de que habiéndose firmado el armisticio el 4 de junio, se hallaran el 15 tan atrasados, como si desde los últimos dias de mayo no se hubiese presentado en el cuartel general Mr. de Bubna, pidiendo una entrevista sin poder obtenerla, como si Austria no se hubiese manifestado impaciente de provocar y de dar explicaciones sobre todos los puntos. Finalmente, acerca del deseo expresado por Mr. de Metternich de ir á Dresde, sin eludirlo Mr. de Basano, contestaba de una manera apenas urbana que aun estaban las cuestiones demasiado poco maduras, para que una entrevista de Mr. de Metternich con el ministro de Negocios Estrangeros ó con Napoleon en persona, pudiese tener la utilidad que esperaba ahora y que era de esperar para mas adelante.

Con estas respuestas se hubo de contentar Mr. de Bubna, y las mismas fueron enviadas á Mr. de Metternich á Praga. Un dia se necesitaba para la ida y otro para la vuelta de esta capital de

Bohemia, y si Mr. de Metternich y su soberano empleaban tres ó cuatro dias en resolverse, ya lograba Napoleon llegar al 20 de junio sin que se le apremiara á entrar en nuevas explicaciones. Muy lícito sería á la diplomacia francesa invertir algunos dias en decidirse relativamente al convenio, por cuyo texto fuera la mediacion aceptada, y algunos otros mas para que se juntasen los plenipotenciarios, con lo cual se ganaria hasta el 4.º de julio sin abocarse con la diplomacia europea. Entonces bastaria mostrarse conciliador un instante del 4.º al 10 de julio por ejemplo, para pedir fundadamente que la expiracion del armisticio se trasladase del 20 de julio al 20 de agosto, y agregados los seis dias para la denuncia de las hostilidades, ya se estaria á 26 de agosto, muy cerca del 1.º de setiembre, que era el plazo que Napoleon deseaba. Tales eran sus cálculos y los arbitrios puestos en juego para su logro.

Al par que solo tiraba á perder tiempo en las negociaciones, no propendia por el contrario mas que á emplearlo bien para dar cima á sus vastas combinaciones militares. Cuando contaba con la alianza ó la neutralidad del Austria, el primer proyecto de Napoleon consistia en avanzar sobre el Oder y el Vistula para repeler hacia el Niemen á los rusos y hacerlos volver á entrar en su casa vencidos y separados de los prusianos. Estando hechos todos los preparativos actuales bajo el supuesto de la guerra con Austria, no podia mantener los mismos planes, porque, avanzando solo hasta el Oder, dejara á los ejércitos austriacos sobre sus flancos y sus espaldas. Para la futura línea defensiva no le quedaba por consiguiente mas eleccion

que la del Elba, ó el Rhin, ó el Main á lo sumo. Por razones de gran peso, y generalmente poco conocidas y mal avaloradas, prefirió el Elba. Ante todo conviene manifestar que trasladarse al Rhin ó al Main venia á ser casi la misma cosa, porque, describiendo el Main muchos rodeos por entre el pais montuoso de la Franconia, y viniendo despues de un curso poco extenso á caer en el Rhin por Maguncia, sin duda podia servir para defender las avenidas de este rio, cuando se peleaba con ejércitos de setenta ú ochenta mil hombres, pero no ofrecia tal ventaja desde que se combatia con masas de quinientos ó seiscientos mil soldados, pues al cabo de quince dias se les desbordara por la derecha ó por la izquierda. De consiguiente no se debia considerar el Main mas que como un anejo de la línea del Rhin, esto es, como el Rhin mismo, y solo á este rio y al Elba quedaba la eleccion reducida. Planteada la cuestion de este modo, se hallaba casi resuelta. Retirarse hácia el Rhin de seguida, equivalia á hacer á Europa un abandono de territorio cien veces mas humillante que los sacrificios que para otorgar la paz eran exigidos. Equivalia, no solo á abandonar las alianzas de Sajonia, de Baviera, de Wurtemberg, de Baden, etc., sino tambien las ciudades anseáticas, que se nos disputaban tan vivamente, y la Westfalia y la Holanda que no se ponian en tela de juicio, pues es de observar que, cuando se está sobre el Rhin, ni siquiera la Holanda se cubre. ¿Y cómo exigir en un tratado el protectorado de la Confederacion del Rhin, si se declaraba, al retroceder sobre este rio, la imposibilidad de defenderlo? ¿Cómo aspirar á las ciudades anseáticas, á la Westfalia y á la Ho-

landa, si se reconocia la incapacidad de seguirlas ocupando? Para elegir por campo de batalla este terreno mas valiera aceptar de seguida las condiciones de paz del Austria, porque, renunciando á la Confederacion del Rhin y á las ciudades anseáticas, se conservarían cuando menos sin disputa la Westfalia y la Holanda, y se sustrajera definitivamente el trono de Napoleon á todos los azares, y lo que aun era de mas precio, la grandeza territorial de Francia. Aparte de estas razones, que políticamente eran decisivas, existia además otra que moral y patrióticamente las igualaba en peso, y consistia que retrogradando sobre el Rhin, se trasladaba á Francia el teatro de la guerra. De seguro, mientras el Rhin no fuera cruzado por el enemigo, se podia considerar que fuera de Francia se proseguia la contienda; pero la proximidad era tanta, que las provincias fronterizas experimentarían casi los mismos padecimientos. Además, alcanzando victorias sobre el alto Rhin, por ejemplo entre Estrasburgo y Maguncia, no estaba seguro Napoleon de que no se dejara forzar en su posicion uno ú otro de sus lugartenientes mas hácia arriba, y entonces se trasladaria la guerra á Francia, y no se hallaria en la situacion de un conquistador batiéndose por la dominacion del mundo, sino en la de un invadido limitado á batirse por la conservacion de sus propios hogares. Repetimos que mas valiera aceptar la paz acto continuo, pues sobre no ser humillante, y sí hasta infinitamente gloriosa, no exigia de Napoleon un sacrificio comparable al que le impusiera la retirada voluntaria sobre el Rhin. De consiguiente los que le censuran por haber adoptado la línea del Elba, harian

mejor en dirigirle el cargo de negarse á aceptar la paz, ya que traia sacrificios de todas clases cien veces menores que la retirada inmediata sobre el rio citado. Una vez admitido el designio deplorable de continuar la guerra por las ciudades anseáticas y por la Confederacion del Rhin, no se podia evidentemente seguir mas que una conducta, la de ocupar y defender la linea del Elba.

Incapaz era el grande ejército de Napoleon de engañarse acerca de este punto, y cerniéndose como el águila sobre el mapa de Europa, vino a caer sobre Dresde, como sobre la roca desde donde iba á hacer cara á todos sus enemigos. Pronto demostrará la relacion de los sucesos que, si fué allí forzado, no consistió en el vicio de la posicion misma sino en la extraordinaria extension dada á sus combinaciones, en el agotamiento de su hueste, y en las pasiones patrióticas excitadas por toda Europa en contra suya. Seis años antes, con el ejército de Friedland, se mantuviera contra el mundo entero.

Aunque en su parte superior presentaba un obstáculo menos considerable que el Rhin la linea del Elba, tenia, sin embargo, la ventaja de ser menos larga, menos sembrada de accidentes del terreno, mas fácil de recorrer interiormente para llevar socorros de uno á otro punto, y llena desde las montañas de Bohemia hasta el mar de sólidos apoyos, tales como Koenigstein, Torgau, Dresde, Wittemberg, Magdeburgo y Hamburgo. Algunos de estos apoyos requerian trabajos, y por esto Napoleon en sus cálculos militares, mas profundos que sus cálculos políticos, anhelaba de continuo rolongar el armisticio para reparar la falta de ha-

berlo firmado. Se trataba de saber, si apoyando la linea del Elba por su extrema derecha en las montañas de Bohemia, y si proporcionando Bohemia á Austria el medio de desembocar sobre la espalda de esta posicion, era posible defenderse contra un movimiento giratorio del enemigo. Esta pregunta se dirigian muchos espíritus ilustrados y se la dirigian en voz alta. Pero Napoleon, que á medida que su desventura empezaba á soltar ciertas lenguas tímidas, toleraba estas objeciones, hacia gestos de desden cuando se le decia que su posicion de Dresde podria ser rebasada por consecuencia de bajar sobre Freyberg ó Chemnitz los austriacos. Efectivamente, no se podia meter miedo con posicion semejante al general del ejército de Italia, que hallaba allí agrandada la que habia ocupado tanto tiempo en torno de Verona, y hallaba de nuevo en el Elba el Adige, en la Bohemia el Tirol, en Dresde a la misma Verona, y que fuertemente establecido por aquéllos años en el desemboque de los Alpes, habia caido sobre los que se le presentaban por delante ó por detrás alternativamente, maltratando aun mas á los que le acometian por la espalda. Con razon contestaba que no pediria al cielo mas fortuna que la de que, mientras él se hallaba apostado sobre el Elba, intentase la principal masa enemiga desembocar detrás de este rio, pues correria sobre ella y la cogeria toda entre el Elba y la selva de Turingia. Muy luego el próximo desastre de los coaligados en Dresde patentizo la exactitud de sus previsiones, y si mas tarde, segun ha de verse, fué forzado sobre el Elba, no fué por la Bohemia, sino por el Elba inferior, que no supieron defender sus lugar-

tenientes, y despues de muchos contratiempos que le debilitaron de una manera pasmosa. Su pensamiento, siempre profundo y de alcance sin igual en tratándose de las altas combinaciones de la guerra, consistia en establecerse fuertemente sobre los diversos puntos del Elba, de modo de poderse alejar sin recelo algunos dias, ya se necesitase ir al encuentro de la masa que avanzara de frente, ya fuera preciso revolver de pronto sobre la que por Bohemia desembocara á la espalda, y en suma, tornar á empezar, con quinientos mil hombres en contra de setecientos mil enemigos, lo que habia llevado á remate en su juventud con cincuenta mil franceses en contra de ochenta mil austriacos, y los resultados probarán que, con elementos menos gastados, esta segunda vez triunfara como la primera la incomparable superioridad de sus concepciones. ¡Pero no debia ser otorgada la gloria de renovar los prodigios de su juventud en mas vasta escala, como para castigarle de haber abusado sobremanera de los hombres y de las cosas, de los cuerpos y de las almas!

Para que tuviera todo su valor la linea del Elba, forzoso era dedicar á la fortificacion de los puntos principales el tiempo del armisticio, y darse prisa, ora se lograra ó no prorogarlo. El primer punto era el de Koenigstein, sitio donde el Elba sale de las montañas de Bohemia para entrar en Sajonia. Dos rocas, las de Koenigstein y Lilienstein, situadas como dos centinelas avanzadas, una á la izquierda y otra á la derecha del rio, lo estrechan á su entrada en las llanuras germánicas, y dominan su corriente estrechísima por este pasage. Sobre la roca de Koenigstein, que caia hácia nuestro

lado, esto es, á la izquierda del rio, se alzaba la fortaleza de este nombre, dominando el célebre campo de Pirna, ilustrado por las guerras de Federico el Grande. Nada habia que añadir á las obras de esta ciudadela, solo que, siendo la guarnicion sajona, hubo de atender Napoleon á renovar la poco á poco, y sin afectacion por tropas francesas. Ordenó que se acopiaran alli diez mil quintales de harina y se construyeran hornos, á fin de poder alimentar á diez mil hombres por espacio de nueve ó diez dias, y se va á ver con qué desigñio. Sobre la opuesta roca, situada á la orilla derecha, la de Lilienstein, casi estaba por crear todo. Napoleon dispuso que se ejecutasen trabajos rápidos, que permitiesen alojar alli en seguridad dos mil hombres, y encargó al general Roquet, uno de los mas distinguidos de su Guardia. Despues hizo juntar el número de barcas necesarias para echar alli un puente sólido y espacioso, capaz de facilitar el paso á un ejército considerable, y que, protegido por los dos fuertes de Lilienstein y de Koenigstein, estuviese al abrigo de todo ataque. Con su prevision profunda calculaba Napoleon que, si realizando los pronósticos de algunos espíritus alarmados, desembocaba desde Bohemia un ejército enemigo por la espalda, para atacar á Dresde, mientras él se hallara sobre Bautzen por ejemplo, podria pasar por Koenigstein el Elba, y coger de revés á aquel ejército imprudente. Muy luego se reconocerá cuán penetrante vista de lo por venir suponía precaución semejante.

Despues de Koenigstein y Lilienstein, situados junto al desemboque de las montañas, venia Dresde, centro de las próximas operaciones, Dresde,